



Archdiocese of San Antonio

Most Reverend Gustavo García-Siller



Homilía – Vigilia de Pentecostés

14 de mayo de 2016

Nos reunimos aquí en santa unidad en medio de nuestra diversidad. Unidad no significa uniformidad. Más bien significa que compartimos una sola fe, un solo bautismo y un solo Señor. La Iglesia Católica es como una gran carpa en la cual gente de diferentes orígenes y culturas encuentran un hogar –un lugar donde se encuentran con sus hermanas y hermanos en el Señor resucitado.

Nos congregamos aquí en fe y hermandad esta noche en solidaridad con nuestros hermanos y hermanas a través de toda la Arquidiócesis –en hospitales y asilos de ancianos; en orfanatos, prisiones, y centros de detención; los confinados en sus hogares, los ancianos, los niños, adultos jóvenes, ¡aquellos alienados y marginados por la pobreza y el abuso de sustancias!

También nos reunimos en comunión y solidaridad con nuestros hermanos y hermanas de todo el mundo, especialmente los sesenta (60) millones de refugiados forzados a dejar sus casas y sus patrias, aquellos forzados a huir por la permanente violencia, y por la pobreza y miseria que los entumece, y en comunión con nuestro amado Santo Padre, Francisco.

Nuestra oración de los fieles esta noche será compartida en varios lenguajes, representando así nuestra diversidad. Pero nuestra oración es una por nuestra fe y compromiso a la misión de la Iglesia.

Hoy en día, el mundo es un lugar muy peligroso. Hay tanta rabia, odio, y extrema pobreza. La violencia engendra más violencia. Nosotros experimentamos mucha alienación, mucho aislamiento –en nuestras familias, en nuestra nación, en la Iglesia. Hay momentos en que parece que estamos en polos opuestos, rehusando buscar intereses comunes, para llegar a hacer concesiones y acuerdos que no violen nuestra fe y nuestros más profundos valores. La historia de la Torre de Babel debe ser una clara advertencia de lo que puede ser el mundo cuando la gente ya no tiene la capacidad de comunicarse –¡sobre nada!

El antídoto para la alienación, para el aislamiento en el mundo es –nuestra habilidad de comunicarnos efectivamente unos con otros – es la reconciliación, que es un regalo del Espíritu Santo. Dios envía al Espíritu Santo para avivar al pueblo de Dios cuando parecen ser huesos secos regados por un campo de batalla en el desierto. El Espíritu de Dios es dado al remanente del pueblo de Dios que guarda los mandamientos de Dios. Guiados e inspirados por el Espíritu Santo somos capaces de soñar sueños juntos y desarrollar una maravillosa visión para nuestra vida como comunidad de fe. San Pablo nos recuerda que el Espíritu Santo viene al auxilio de nuestras debilidades ¡y nos hace fuertes!

Dios le habló a su pueblo que vivía en el exilio, lejos de su patria, y que se preguntaba si Dios los había abandonado: “¡Vengan por agua

todos los sedientos!...Sellaré con ustedes una alianza eterna” (Isaías 55:1,3). Jesús nos invita esta noche: “Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba...de lo más profundo de todo aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva”. (Juan 7:37-38). Esta fuente de agua viva anticipaba el fluir de agua y sangre del costado de Jesús en la resurrección, y el don del Espíritu Santo en Pentecostés.

Mis amados hermanos y hermanas, ¿no estamos sedientos de algo más en esta vida? ¿Queremos la nueva vida que llega a nosotros por Cristo y su Iglesia? ¿Responderemos nosotros al reto que nos hace el Papa Francisco de proclamar al Señor Jesús y su evangelio en todo lo que decimos y hacemos –especialmente en cómo alcanzamos y servimos a aquellos menos afortunados, los más vulnerables entre nosotros- desde la concepción hasta la muerte natural, en todas las etapas de la vida y todas sus circunstancias?

Dios, cuyo nombre es misericordia, nos dará todo lo que necesitamos para traer reconciliación a la Iglesia y al mundo –a través de los dones del Espíritu Santo. ¡Tenemos que abrir nuestras mentes y corazones a estos dones! “Sean misericordiosos como el Padre es misericordioso! ¡Ven, Holy Spirit, Ven!